

François Gautier

AMMA

Los abrazos de la Madre



Luciérnaga

François Gautier

AMMA

LOS ABRAZOS DE LA MADRE

BIOGRAFÍA



Ediciones
Luciérnaga

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *AMMA*

Primera edición en francés a cargo de Presses du Châtelet, 2021.

© del texto: Presses du Châtelet, 2021

© de la traducción: Susana Peralta

© de las mándalas del pliego: Shutterstock

© de la imagen de cubierta: Gettyimages / Franco Origlia

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: octubre de 2023

© Edicions 62, S.A., 2023

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-19164-85-8

Depósito legal: B. 9.604-2023

Impreso en España – *Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SUMARIO

<i>Prólogo</i>	9
Capítulo 1. Infancia y adolescencia: primeras experiencias espirituales	11
Capítulo 2. Los comienzos del <i>ashram</i>	15
Capítulo 3. La cocina del <i>ashram</i> en los primeros días	21
Capítulo 4. Los primeros discípulos y el desarrollo del <i>ashram</i>	25
Capítulo 5. Los primeros <i>SATSANGS</i> públicos y la construcción del templo de Kali	43
Capítulo 6. El <i>ASHRAM</i> crece	49
Capítulo 7. Gail Tredwell o la historia de un amor herido	63
Capítulo 8. Gretchen McGregor o Kusuma	79
Capítulo 9. La familia de Amma	91
Capítulo 10. Los milagros de Amma	95
Capítulo 11. Primera gira occidental: la preparación	99
Capítulo 12. En Estados Unidos	105
Capítulo 13. Primeros <i>darshans</i> estadounidenses	111
Capítulo 14. Amma en Francia	123
Capítulo 15. Las técnicas espirituales de Amma	133
Capítulo 16. La filosofía y la enseñanza de Amma	143
Capítulo 17. Las obras caritativas	155
Capítulo 18. El <i>ashram</i> de Amma en la India hoy	169

<i>Conclusión</i>	177
<i>Glosario</i>	179
<i>Los ashrams y universidades de Amma</i>	185
<i>Bibliografía y recursos</i>	189

INFANCIA Y ADOLESCENCIA: PRIMERAS EXPERIENCIAS ESPIRITUALES

Amma nació el 27 de septiembre de 1953 en la ciudad de Parayakadavu, en Kerala. Proviene de una familia de pescadores que pertenecen a una de las castas más bajas del país. Hoy no solo cuenta con millones de discípulos occidentales —cirujanos, eruditos, informáticos—, sino que, además, es atendida con infinita devoción por las castas superiores indias, como los brahmanes y los chatrias, que representan a la antigua casta de guerreros.

Su nombre original es Sudhamani, que quiere decir «luminosa y rica interiormente». Se cuenta que salió del vientre de su madre riendo. Desde pequeña, sus padres la encontraron diferente a los otros niños, hasta el punto de creerla loca. Su padre, Sugunanandan, cuenta que estaba fascinada por el esplendor de los *sanniasin*, los monjes errantes que pasaban por su pueblo. Sugunanandan se había casado joven. Damayanti, su esposa, venía de una familia muy piadosa que poseía incluso su pequeño templo. En la India, se dice que las almas evolucionadas buscan padres que facilitarán su evolución para renacer. El alma de Sudhamani habría elegido a ese simple pescador y a esa madre devota, amante del Krishna, el dios azul indio.

Sugunanandan y Damayanti tuvieron trece hijos, de los que sobrevivieron ocho. Sudhamani fue la tercera. Poco a poco, su madre perdió la fe y comenzó a golpear a su hija cuando se tornaba demasiado mística. A los cinco años, Su-

dhamani fue enviada a la clase primaria del pueblo vecino, la escuela Srayichadou. Parece que poseía ya una memoria sorprendente. Aprendía pasajes enteros de los libros. Componía también cantos devocionales dedicados a Sri Krishna, el señor del amor. Sus padres, divertidos al comienzo, terminaron por sentirse molestos con la evolución de su hija. En ese medio, se suponía que los chicos podían ayudar en la pesca y las niñas en las tareas hogareñas. Sin embargo, Sudhamani caía a menudo en una especie de trance. Se quedaba inmóvil durante horas, con la mirada fija, como la Bernadette Soubirous de Lourdes. El fenómeno les hacía gracia a los niños del pueblo. Algunos incluso le tiraban piedras. Pero ella no se alteraba. Ni siquiera se enfadaba con su madre por pegarle. Llegó a decirme un día, sobre su madre: «Fue mi primera gurú».

Sudhamani tenía nueve años, justamente, cuando su madre cayó gravemente enferma. La niña debió asumir la responsabilidad del hogar. No era cosa fácil alimentar y educar a siete hermanos y hermanas y, al mismo tiempo, cuidar de los pollos, las dos cabras y las dos vacas que la familia tenía detrás de la casa. Para alimentar a sus vacas, Sudhamani debía buscar la hierba en los campos de alrededor. Allí atisbó la enfermedad y la muerte, como Buda dos mil quinientos años antes. Entonces se planteó la pregunta: «¿Qué puedo hacer para ayudar a la humanidad?». Sus jornadas terminaban tarde, después de la última vajilla y de acostar a los niños, que dormían juntos en la única habitación de la casa. ¿Cómo una niña de diez años conseguía cumplir con todas esas obligaciones sin quejarse? ¿Cómo soportaba las bofetadas y las provocaciones? Se dice que repetía como un mantra, a lo largo de todo el día, el nombre de Krishna, lo que le daba fuerzas. Según sus biógrafos, comenzó a ver a la divinidad en cada persona que encontraba, por pobre que fuera; y esta experiencia, compartida con muchos santos y yoguis, le permitió asumir la pesada carga de su suerte. Fue entonces cuando empezó a

distribuir a los más desfavorecidos un poco de alimento o algunas annas —céntimos de rupias—. Su generosidad fue recompensada con nuevos castigos.

También comenzó a hacer *japa*: la recitación continua de un nombre sagrado. Meditaba espontáneamente, lo que le procuraba la energía y la tranquilidad de espíritu necesarios. Actualmente sabemos, gracias a numerosos estudios médicos, científicos y fisiológicos muy importantes, que esto ayuda a ralentizar los latidos del corazón, regular la circulación de la sangre y, sobre todo, a obtener un mejor reposo. Se dice que veinte minutos de verdadera meditación equivalen a seis horas de sueño. Muchos maestros solo duermen tres o cuatro horas al final de una jornada bien plena. La Madre de Pondicherry, por ejemplo, dormía muy poco y vivió hasta los noventa y seis años.

Sus jornadas comenzaban muy temprano, se levantaba a las cuatro y media, limpiaba y preparaba la comida de sus siete hermanos y hermanas. Luego cuidaba de las vacas, los pollos y las cabras, que alimentaba con pieles de zanahorias y patatas. También lavaba la ropa a mano, afuera, con una bomba que accionaba durante horas. Al final de la mañana, la chiquilla iba a recoger hierba para los animales.

Tenía dieciséis años cuando sus trances y sus éxtasis alcanzaron su apogeo. En los pueblos indios de la época, era la edad en que casaban a las muchachas. Sudhamani rechazó todas las propuestas y sus padres se irritaron aún más. También comenzó a descuidar las tareas hogareñas. Se retiraba a lugares aislados donde daba libre curso a sus trances y a su *bhakti*, a saber, su amor por Krishna. Se la consideró loca y es cierto que en la India los que practican el *bhakti* absoluto parecen locos de Dios: ellos y ellas cantan a grito pelado durante horas, levantan los brazos hacia el cielo, bailan como

posesos, murmuran palabras incomprensibles y terminan a menudo por caer al suelo, donde quedan postrados.

En efecto, ¿hubo un riesgo de que Sudhamani se volviera una de esas «locas de Dios» que aún hoy podemos cruzarnos en las rutas de la India, caminando descalzas, con un pobre hatillo sobre los hombros, mirando al vacío? ¿Cómo se realizó la transición entre esa joven a la que creían perdida para el mundo y la Amma de hoy, metódica, clarividente, que tiene millones de discípulos y genera un imperio caritativo más importante que el de la Cruz Roja? Sin duda, fue salvada por sus primeros discípulos. Estaban misteriosamente atraídos por el aura de devoción y de amor que emanaba intensamente de una joven a la que no le inquietaba lo que pensarán los demás.

Sacaron a Sudhamani de la escuela cuando tenía nueve años y nunca pudo leer o estudiar los textos sagrados del hinduismo bajo la tutela de un profesor. Su amor por Dios, en particular el señor Krishna, sus meditaciones, sus trances y sus intuiciones eran enteramente autodidactas y provenían, sin duda, de lo más profundo de su ser, sin que ella se diera cuenta. Hoy, sus biógrafos le atribuyen milagros y poderes adquiridos durante la infancia. Pero sabemos que a menudo los grandes santos, e incluso los avatares, han ignorado, durante la infancia, la divinidad que estaba en ellos: porque a veces se revela tarde y con muchos tropiezos.

LOS COMIENZOS DEL ASHRAM

Gail Tredwell, que fue la primera secretaria de Amma, reunió sus recuerdos en un libro del que hablaremos más adelante: *Holy Hell: A Memoir of Faith, Devotion, and Pure Madness*. Su descripción es interesante porque detalla y da una idea de lo que era el *ashram* cuando Amma comenzó. Se llegaba allí después de haber pasado por Vallikavu, un pueblo vecino. El camino, que no estaba asfaltado, se hacía cada vez más estrecho, y luego se llegaba a un río que se atravesaba gracias a un ferri. Al otro lado se hallaba Parayakadavu, la aldea de pescadores a la que pertenecían los padres de Amma. Los testimonios de los discípulos nos explican que Amma era una jovencita de pequeña estatura, a menudo vestida con una camisa blanca y una falda verde. Sus dientes brillantes contrastaban con su piel muy oscura. Su cabello negro le caía sobre los hombros. Tenía unas manos y unos pies de una delicadeza extrema, y sus orejas en forma de abanico le daban un aspecto enternecedor.

La casa era modesta: tres habitaciones para dormir, un gran comedor, una cocina de leña, una *puja room*. Amma, cuya habitación estaba amueblada solamente con una cama y un cofre de metal, dormía a menudo fuera o en el templo.

Sus primeros discípulos cuentan con emoción el carácter íntimo de las festividades de la época. Por ejemplo, la fiesta de Pongal, un acontecimiento importante célebre en Tamil Nadu. Un gran almuerzo culminaba con una *puja*. Se colocaba una estatua de Krishna en el altar junto a una lámpara de

aceite. Luego se realizaba una ofrenda al dios: plátanos, *jaggery* (azúcar de caña) y arroz seco presentados sobre una hoja de bananero. Cinco o seis aldeanos de ambos sexos participaban en la ceremonia. Un hombre tocaba el armonio y otro el tambor. Un tercero hacía sonar una campana. Todo el mundo cantaba «Hare Krishna, Hare Rama», bailando alrededor de la estatua. Uno de los discípulos se llamaba Chandru. Con un gesto, invitó a Gail a unirse al grupo, pero esta rechazó por timidez. Amma, entonces, la miró directamente a los ojos e, indicando la terraza, le ordenó que bailara con los demás.

Una cierta simplicidad reinaba entonces en el *ashram*. Actualmente, la organización es mucho más compartimentada y todo está dirigido por Balu, el brazo derecho de Amma, que controla hasta los resultados de las búsquedas en internet. Los baños de Amma, por ejemplo, que tenían lugar dos veces por semana, estaban marcados por la risa y la alegría. Las mujeres de la aldea la enjabonaban y con mucha alegría le echaban cubos de agua fría por la cabeza. Luego, le masajearon el cráneo con aceite de coco, siempre entre risas y bromas. En realidad, los primeros discípulos de Amma fueron los campesinos que percibían la divinidad de la creyente intuitivamente, sin ninguna racionalización.

Pronto, muchos jóvenes asistieron a los *bhavas* de Amma. Venían de Haripad, una ciudad situada a unos quince kilómetros. Y como el padre de Sudhamani se oponía a esas visitas, llegaban de noche para eludir la vigilancia. Hablaban y reían hasta el amanecer y, según los testigos, Amma, que estaba a menudo cansada, comenzaba a bostezar a partir de medianoche, pero no iba a acostarse hasta que todos se hubieran marchado.

No había agua corriente y había que transportarla hasta la casa. Y esta agua, el agua municipal, solo manaba cuatro horas por día, en general por la noche. Los primeros discípulos

se levantaban a las tres y, con una de las hermanas de Amma, multiplicaban las idas y vueltas de la bomba de agua a la casa, con un cubo en cada mano. Los lavabos estaban en la misma laguna: hacían sus necesidades sobre unas maderas encima del agua y la naturaleza se encargaba de reciclar. Era necesario caminar tres kilómetros para lavar la ropa en un lugar donde el agua tan preciada fuera más abundante. Todas las mujeres iban juntas, y era otra ocasión para compartir risas y bromas. Sentadas al borde de la laguna, las mujeres mojaban su ropa y la golpeaban con energía en las piedras de la orilla; luego, metódicamente, de dos en dos, la enjuagaban antes de escurrirla con todas sus fuerzas. La ropa, tendida en largas cuerdas colgadas de los árboles, se secaba gracias a la brisa del océano Índico.

El *ashram* nació verdaderamente el día en que Neal, un discípulo estadounidense que sufría horribles migrañas, pidió al padre de Sudhamani permiso para construir una pequeña cabaña en el límite del terreno familiar —no quería estar demasiado cerca, por miedo a que lo incomodaran los ruidos de la casa y del templo—. Para sorpresa de todos, y particularmente de Sudhamani, el padre consintió. Y como veía a lo grande, empleó los dólares de Neal para cavar importantes cimientos. No era solo una cabaña lo que se iba a construir allí, ¡sino una rica morada! Amma, alertada, se ofendió. La discusión con su padre fue tan violenta que nadie osó acercarse. Luego, Amma reapareció, con una sonrisa en los labios. Resulta que su padre acariciaba el proyecto de abrir una tienda de recuerdos para los numerosos devotos que asistían a los *bhavas* de su hija. La anécdota muestra que Amma ya había adquirido autoridad frente a esa familia que la había tratado tan injustamente durante su adolescencia.

De todas maneras, el proyecto de la tienda nunca se realizó. En cambio, se construyó la cabaña en un mes y Neal pudo establecerse allí. Pero tuvo que compartirla con Balu y Sri

Kumar, jóvenes que habían llegado para unirse al *ashram*. El padre de Amma no protestó, y así nació Amritapuri, un *ashram* que desde entonces no dejó de crecer.

Los primeros discípulos recuerdan con entusiasmo las visitas que Amma realizaba al comienzo a los pueblos vecinos. Caminar por las lagunas es difícil y había que utilizar la canoa. Por la noche, los discípulos cantaban un *satsang* alrededor de una hoguera. Los campesinos hacían palmas al compás. Luego, volvían al *ashram*, siempre en canoa. Bajo las estrellas, solo se escuchaba el chapoteo tranquilo de los remos. Todos sentían una gran gratitud por estar allí. A veces un discípulo tocaba la tabla india. Otro la armónica. A menudo Amma, extrañamente silenciosa, dejaba que su mirada se perdiera en el infinito. Pero también entonaba un *satsang* con los ojos cerrados: «*Sridhityum niye, srishtaavun niye, skaktiyum niye, satyavum niye, Devi...*». («¡Oh, Diosa! Tú eres la creación, tú eres la verdad, tú eres la energía suprema.»)



Los discípulos favoritos

Los discípulos se esforzaban casi siempre por mantener una proximidad física con su gurú. Debían quedarse en el círculo íntimo —a menudo muy cerrado— que se formaba alrededor de los maestros espirituales. Si te marchas, si caes enfermo, si te ausentas apenas un mes, corres el peligro de descubrir al volver que alguien ha cogido tu lugar o incluso que el encargado de la entrada no te reconoce. Es uno de los grandes misterios de los movimientos espirituales. Una jerarquía no formalizada se establece rápidamente y nace de una competencia salvaje para estar lo más cerca posible del maestro, lo que puede llevar a intensas confrontaciones. Gail vivió esta experiencia. Se había convertido en la secretaria

particular de Amma, se ocupaba de todo, incluso de la limpieza y de los vestidos. Más adelante tuvo que operarse de un quiste en los ovarios. Al volver de su convalecencia, descubrió que otro se ocupaba de la ropa y de la vajilla. El incidente marcó quizá el comienzo de la relación conflictiva que mantuvo desde entonces con Amma y sus discípulos principales.

